

Eugenia a través de una bala

Alexis Casas Eleno obtuvo el premio único de dramaturgia en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2016. El jurado estuvo integrado por Silvia Peláez, José Alberto Gallardo y Luis Santillán.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



dramaturgia

ALEXIS CASAS ELENO

Eugenia a través
de una bala



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Elizabeth Vilchis Pérez
Secretaria de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Elizabeth Vilchis Pérez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Luis Alejandro Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Eugenia a través de una bala

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Alexis Irving Casas Eleno

ISBN: 978-607-495-568-2

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/21/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A ti, mamá, por toda la complicidad y fortaleza que nos une

A ti, papá, por esta pasión que me heredaste

A Fernando Galaviz y Lorena Venta, por ser los viajeros exactos

de un largo camino que aún nos espera virgen

A Horacio Arenas, por comprender a Eugenia tantas veces que quiso hablar

A los que han callado sin saber por qué y el silencio les llegó por sorpresa

y en el lugar que reposa,
en vez de lucidas flores,
siembra una mata de abrojos
para no olvidar quién era.

Luego, en lugar de rezarle
por su descanso un réquiem,
ruega que vaya al infierno
y que el diablo le haga bien...

María Teresa Vera
Sobre una tumba una rumba
(Son cubano)

Personaje

EUGENIA

Espacio

México, 1995. Hay lugares y tiempos que no cambian. Son los sitios donde Dios no pasa, por eso se repiten los malos sinos que sus hijos tienen por suerte.

Aquí una voz quiere hablar. Doy testimonio de sus palabras. A partir de aquí las mías no cuentan.

Uno

“Padre, confieso que vengo a matarlo”.

¡Pum!

Explosión.

Impacto.

Soy una bala penetrando la conciencia del padre Nacho.

Bala roja, ardiendo.

Impacto.

Soy una bala atravesando la frontera entre la vida y la muerte.

Chorro de sangre.

Dando la muerte.

Arrebatando la vida.

El eco se va y regresa, se va y regresa, se va y regresa.

Se va.

Y regresa.

Hasta que desaparece, penetrando las paredes de la iglesia. En las cúpulas, en el presbiterio, en la sacristía.

Se va.

Silencio.

En mis manos la pistola arde.

Soy una mujer con una pistola ardiendo en las manos.

Le acabo de disparar a un hombre.

Soy la mujer, la pistola y la bala.

Haciendo justicia.

Porque aquí no la hay.

Sólo queda el silencio.

Pero mi conciencia habla y habla.

Y habla.

Dos

Entran los rezos al camposanto.

Más de una docena de sombrillas cubren del sol a los rostros dolientes.

Rezos.

Anteayer hubo una tormenta de lluvia.

De balas.

Ayer descubrieron el cuerpo del padre bañado en sangre.

Ayer antes de la misa de siete.

Ayer no hubo misa de siete.

Porque anteayer hubo un asesinato.

“Es una pena terrible”.

Dice Juanita.

Dice Lupe.

Dicen todos.

Terrible.

Todo el pueblo habla de ello.

Todo el pueblo está llorando.

Hay más lágrimas que gotas de lluvia ayer en la tormenta.

Muchos dicen:

“Ayer Dios anunciaba la muerte de uno de sus hijos y no le hicimos caso. Tremenda lluvia que se desató y todos en nuestra casa”.

“¿Quién habrá sido?”.

“Habrá justicia. Dios no puede dejar esto impune”.

La justicia de Dios... ¡Ja!

...

Comienza el mariachi a tocar el ángelus.

Y la lloradera.

Yo no quiero ir a darle el último adiós al padre.

Ya sabrán por qué.

Yo ya se lo di.

“Vente, Eugenia”.

Lupe me llama para ir con ellas a rezarle.

Yo estoy en la tumba de mi hijo.

Lo de mi hijo también es reciente.

Quiero estar sola.

No quiero rezarle a nadie. Sólo a mi hijo muerto. Mi único hijo.

Mis ojos le suplican dejarme en paz.

Ella entiende lo que mis ojos han llorado.

No me molesta más

Tres

Estoy tumbada sobre la losa que cubre el cuerpo de mi hijo.

Tú sabes, hijito, que no pude soportar tu muerte.

Tenía que desahogarme de algún modo.

Como se desahogan las nubes en la tormenta.

Hasta volver el cielo azul.

Con el sol como corona.

Y desde ayer no llueve como las noches que han pasado.

Las lluvias casi me ahogaban...

Pero no llueve más porque encontraron al padre Nacho rodeado de su propia sangre.

Yo misma le arrebaté al pueblo esa nube negra que lo estaba amenazando.

Me doy por contenta con eso.

Espero tú también lo estés, mi niño.

Porque, ahora que hago memoria, nunca te vi feliz.

...

Ahí viene otra vez Lupe.

Que ya te dije que no, Lupe, ¿no entiendes?

Quiero estar más tiempo con mi hijo.

“Ya van a bajar al padre, ven a despedirte”.

Quiere que vaya a decirle el último adiós.

“Él te quería mucho”.

Sí, sí. Voy.

Yo quisiera quedarme contigo, como nunca lo estuve, pero...

Ahorita vuelvo. No tardo.

Cuatro

La gente llora.

Si supieran que aún llevo la pistola en la bolsa del abrigo.

Nadie sabe que yo lo maté.

Ese día llovía mucho.

Fue después de la misa de siete, en la noche.

Se anunciaba una tormenta de las buenas.

Parece que les dije:

“Váyanse que se acerca la lluvia, una lluvia muy fea”.

Todos se fueron.

Muy obedientes.

...

Padre, quiero confesarme.

Tengo podrida la conciencia.

Agonizo por mis pecados, mis errores y un deseo inmenso de matarlo.

¿Cómo se mata a un sacerdote?

¿Quién mata a los sacerdotes?

Dios perdona todo.

Yo no.

...

Eugenia, anda, escupe tus palabras blasfemas contra el sacerdote que violó a tu hijo.

“¿Mande?”.

“¡Que le digas al padre cuánto lo quisiste!”.

¡Cuánto lo quisimos!

Lupe y yo. Dos mujeres solas.

Lo quisimos más que a nosotras.

Pero, ¿enfrente de todos?

Ay, Eugenia, pero si siempre has hablado enfrente de todos.

En las lecturas dominicales.

En los retiros.

En las charlas prebautismales.

En el catecismo.

Ahora no vengas a decirles que te da pena hablar enfrente de su cara.

Pero es que ahora tengo cosas diferentes en la panza.

Tengo maldiciones.

Tengo mierda.

Tengo oscuridad.

Tengo una pistola metida en el bolsillo de mi abrigo viejo.

...

“Adiós., padre”.

Adiós para siempre, o hasta pronto.

“¿Qué tienes Eugenia?”

Lupe me mira.

Mira mi mano temblar. Mis ojos rojos. Comienzo a sangrar por la nariz.

No es nada.

Me limpio con la manga del abrigo.

“¿Estás bien?”.

Realmente, no.

Cinco

Hace días enterré a mi hijo.

Se metió todo un frasco de Demerol en la panza.

Lupe hizo todo lo que pudo por sacarle las pastillas.

El padre Nacho sólo se quedó mirando.

El Demerol era suyo, para aliviar sus constantes migrañas.

Estaba en el cajón de la cómoda donde se guardan las formas y las botellas de vino.

Mi niño vio cuando el padre lo guardó antes de alistarse para la misa de las siete.

Acababa de terminar su retiro de preparación como acólito.

El mismo padre Nacho le dio la catequesis en un retiro personal.

Lo quería mucho.

Eso decía.

Yo misma lo llevé.

Todo un fin de semana fue suyo.

Para que lo preparara en los oficios.

O para la muerte.

Porque cuando su preparación terminó...

Mi niño se tomó todo el Demerol antes de iniciar la misa de siete.

...

Yo llegué tarde.

Le estaba preparando una fiesta. Ya le había dicho a Lupe y ella me dijo:

“Corre, manita. Ve a preparar todo, yo te aparto tu lugar en la misa”.

Le tenía pastel.

Le tenía atole.

Le tenía su túnica roja y una sobrepelliz blanca preciosa.

Por eso se me hizo tarde.

Ese día, para variar, cayó una tormenta de llanto celestial.

Doña Juanita, en medio de la lluvia, gritaba:

“¡Doña Eugenia, venga, que su hijo está echando espuma por la boca!”.

¿Cómo puede echar espuma por la boca un niño que va a ser acólito?

No entiendo.

“Corra, le digo”.

Era difícil correr.

Con el lodo batido en las piernas, librando los charcos de la terracería, con la pena arrastrándose desde mi alma, y el aliento atorado en algo que podría llamarse incertidumbre.

La tormenta.

Los charcos.

La pena.

La confusión de los gritos.

“¡Doña Eugenia!”.

“¡Dios mío!”.

...

Mi llegada fue el rescoldo de mi tragedia.

La muerte ya había llegado ahí.

Yo sólo fui a ser testigo.

Lupe le daba los primeros auxilios, ella podía haberlo salvado.

Devuelto a la vida.

Pero a mi niño ya se lo había llevado la muerte.

“Nadie pudo hacer nada, Eugenita”.

Me dijo el padre Nacho con su blanca túnica, su casulla morada.

“Murió en gracia. Alégrate. Dios ya lo tiene en su gloria”.

Pero, ¿dónde me tiene a mí, padre?

Seis

“Dios lo tenga en su gloria”.

O donde vayan las personas como usted.

Si es que existe un lugar donde tengan cupo.

Quizás vuelve a nacer.

Porque parece que aquí, en la tierra, se depositan las peores personas.

Y nacen por todos lados.

Aquí, donde se perdonan los pecados más miserables.

Como el de haber violado a mi niño.

...

Poco tiempo después, doña Juanita me dijo:

“Ay, doña Eugenia, tengo un dolor muy grande que si no lo saco me va a matar. No debería decírselo, pero ya no puedo más. Usted sabe que yo no soy muy católica, quizás por eso su hijo me tuvo más confianza”.

Su rostro palideció.

La noticia que salió de su boca hizo más negro el cielo.

Y la tormenta amenazaba.

“Mejor váyase, doña Juanita, porque la lluvia va a caer bien recio”.

No es que no le crea.

No es que no quiera.

Es que se me ha caído el cielo en este momento.

Y no sé cómo quitármelo de encima.

El mismo cielo que mató a mi hijo.

Y soy capaz de tomarme todo el Demerol también.

Se me hace chiquito el mundo.

“Doña Juanita, váyase”.

El cielo negro se me acerca como un demonio.

El padre Nacho violando a mi hijo.

El cielo negro me alcanza.

El padre Nacho amenazando a mi hijo.

El cielo negro me atraviesa.

El padre Nacho dejándolo morir.

El cielo negro me deja inundada de oscuridad.

Todo lo que veo es negro.

Hasta el padre Nacho.

Siete

Lupe me abraza.

Ella sabía que amaba al padre Nacho.

Le extraña que no lllore ni una gota.

Me he secado, Lupe, es eso. No puedo llorar por él.

Por nadie.

Ella llora a mares.

Es una mujer de muchas lágrimas.

A ella no se le ha muerto ningún hijo.

Ella no tiene.

...

A saber, Lupe es mi prima.

Es de la ciudad.

No pertenece a este pequeño pueblo.

Se vino a vivir acá porque le dieron una plaza de enfermera en el Centro de Salud.

Se encariñó pronto con el padre.

Igual que yo.

Pero ella no tiene hijos, a ella no le pueden violar ninguno.

No sabría lo que se siente por mucho que le explicara.

Si le dijera que yo maté al padre Nacho.

Ella me mataría a mí.

Amaba mucho al padre.

Como yo alguna vez lo amé.

Como hombre de Dios..., y también como hombre.

Me hubiera gustado decirle por qué ya no lo amo.

Pero no lo entendería.

Después de lo que me dijo Juanita, no sabía a quién decirle.

Pero se me ocurrió preguntarle a Lupe cómo podía ir a ver al obispo.

Ocho

Mis papás murieron viniendo a la ciudad para surtir una tiendita que teníamos.

Se incendió el camión en el que iban.

Por eso yo estaba que moría de miedo cuando fui a la ciudad.

“Con el obispo, por favor. Quiero verlo”.

Pero Lupe no me dijo que era imposible verlo.

“Si quiere confesarse puede hacerlo, en diez minutos sale monseñor”.

¿Quién es él?

Supongo que podré decirle todo.

...

Hincada ante una imagen de la Magdalena limpiándole los pies a Jesús:

“Estoy desesperada, monseñor”.

Silencio.

“¿Por qué, hija?”.

“El padre Nacho violó a mi hijo, me lo dijo una vecina, que mi hijo se lo contó. Que desde chiquito. Por eso mojaba la cama. Que no me lo decía porque yo me iba a enojar. Que no quería hacerme enojar porque yo le pegaba”.

“Entonces es culpa tuya”.

¿Mía? Sí, reconozco que hice mal, pero...

“Reza un padrenuestro y un avemaría”.

...

Dios mío.

Un trueno en el cielo.

Aquí en la ciudad también llueve.

Quiero ir con la policía.

Quiero ir con alguien que me escuche.

Antes de que llueva.

Nueve

“Si tienes fuerzas guárdalas para esos momentos”.

“Mira, ten”.

Una pistola.

“¿Para qué es esto, Isidro?”.

“Por si alguien quiere hacerles daño, a ti y al niño. No faltará quién”.

...

Días después murió Isidro, el padre de mi hijo. Un hombre casado.

Murió de un infarto.

...

Una pistola: un revólver calibre 22, corto.

Eso me dijeron cuando intenté venderla.

“Qué bueno que no lo hice”, pienso durante el camino, en el autobús.

Voy de regreso a mi pueblo.

Los trámites para una denuncia con la policía suenan imposibles.

“Llene esta forma.

Pase a la ventanilla.

Pague en la otra ventanilla.

Espere cinco días hábiles.

¿Dónde vive?

¿Eso dónde queda?

¿Tiene teléfono?

Tendrá que venir entonces para saber la respuesta”.

Y nada.

Mejor me regreso.

En mi pueblo buscaré la justicia.

“Una pistola hace más rápidos los trámites, Eugenia”.

Eso también me lo dijo Isidro.

Diez

Estoy frente al hueco de tierra que recibe al padre Nacho.

Alrededor la gente del pueblo.

Yo en medio.

Tengo la pistola en mi bolsillo.

Si quisiera levantarse de nuevo, de nuevo le dispararía.

¡Pum!

“Dios lo tenga en su gloria”.

Amén. Todos. Amén.

El monseñor que me confesó en la ciudad vino a enterrar al padre Nacho, y dice:

“En nombre del obispo, quien sabe que este hombre hizo mucho bien por su pueblo, vengo a darle el adiós certificando que la Iglesia y el mismo Cristo han perdido en la tierra a un gran hombre y recibe en el cielo a un gran santo”.

Amén. Todos. Amén.

Menos yo.

La Lupe me mira todo el tiempo.

Creo que sospecha que yo soy la bala que mató al padre.

La miro y ella desvía la mirada.

“Perdón, voy a rezarle a mi chiquillo”.

Lupe me toma del brazo, con los ojos me dice que me quede.

“Quiero seguir rezando”.

“Ya habrá momentos, Eugenia, espérate a que termine de rezar monseñor Joaquín”.

Conque así se llama el monseñor ese.

¿Sabrá que yo fui la mujer del niño violado?

¿Sabrá que está enterrando al violador?

No, seguro que no.

Dice que es un santo.

Los santos no violan niños.

Los santos son santos.

“Los santos no violan niños”.

“¿Qué dices, Eugenia?”.

Me dice Lupe al unísono de un silencio repentino.

“¿Qué dices?”.

“Nada”.

Los ojos se abren. Algún murmullo por allá pregunta: ¿Qué dijo?

“¡NADA!”.

“¿Qué te pasa, Eugenia?”.

Me han matado un hijo.

Y quiero rezarle.

Eso tengo.

“Quiero ir a rezarle a mi niño”.

Me suelto de la mano de Lupe que aprieta mi brazo.

Ella no quiere dejarme.

Me tachan tantas miradas a mi alrededor.

Yo me arranco de sus garras.

Se me cae la pistola del abrigo.

Once

“¿Te orinaste de nuevo en la cama?”

Ya estuvo bueno, ¿no?

Ya te gustó estar mojando el colchón.

Como a ti no te cuesta lavarlos.

A ver si no le mojas el colchón al Padre ahora que te vayas de retiro con él.

¡Qué vergüenza!

Tan grandote.

Y ya, deja de chillar.

O te agarro a palos.

Ya estuvo bueno”.

...

Otra vez va a llover.

Ya estoy cansada que todo esté mojado.

El colchón.

El día.

Las calles.

Tus ojos.

Todo el tiempo mojados.

“Vete con Juanita, a ver si ella te soporta.

Yo ya no te quiero aquí.

Chillando.

Lárgate con Juanita, ella sí te va a aguantar.

Te quiero aquí antes de las ocho, ¿eh?

¿Ya hiciste tu tarea?

Pues llévate tu cuaderno.

Pero apúrate que quiero rezar mi rosario en completa paz”.

...

¡Ave María Purísima!

Ruega por nosotros los pecadores.

Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo, danos el pan de cada día, perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos, no nos dejes caer en tentación y líbranos del maligno.

Amén.

Líbranos del maligno.

Que no nos toque.

Que no nos lleve al infierno.

Tengo miedo de ir al infierno.

Hay que rezar para no irse.

Con el rezo, la Virgen viene en tu auxilio.

...

“¿Qué haces ahí en la puerta?

Vente, vamos a rezar.

Que el maligno no nos toque.

Porque ahorita anda al acecho.

Quiere que tú no seas acólito, que no estés al servicio de Dios.

Eso le molesta.

Pero no lo dejaremos.

¿Verdad que no?”.

“No, mamá”.

Doce

Una pistola en el suelo.

Retumba el sonido metálico contra él, contra los ojos de todos.

Y a todos apunta.

Un estallido de sorpresa.

“¡Ahhh!”

Todos pasmados.

Lupe mira la pistola como hipnotizada.

Una pistola no es algo común en este pueblo.

Cuando supieron que el padre Nacho había muerto de un balazo en la cabeza todos se voltearon a ver.

No es algo común.

“Somos un pueblo tranquilo”.

Sólo los alcaldes traen pistola.

Y la policía.

Pero aquí nadie carga esas cosas del demonio.

A menos que el alcalde lo haya matado.

Le preguntaron.

Pero dijo que él no carga pistola desde hace mucho.

“Somos un pueblo tranquilo.

Aquí sólo hacemos el bien.

Gracias a Dios el demonio no se ha metido con nosotros.

Ni entre nosotros.

Somos invisibles para él”.

Seguro es por los rezos. Por las procesiones. Por tanta fiesta y cuetes.

Nuestro santo patrono nos protege.

San Nicolás.

Así se llama este pueblo tranquilo, consentido de Dios.

“Entonces, ¿por qué mataron al padrecito?

Busquemos al culpable.

Tiene que pagar por esto.

Llamemos a la policía.

Qué policía, ni qué policía.

Hay que lincharlo”.

Pero nadie de nosotros se atreve.

“¿Vamos a dejar que hagan esto en nuestro pueblo?

¿En cuántos pueblos no ha entrado la maldad y la policía
nomás se le une?

¿Cuántos pueblos sufren y la policía no hace nada?

¿Dejaremos que eso pase?

Jamás”.

Quizás hagan bien.

A mí la policía no me escuchó cuando fui a decirles que el padrecito de San Nicolás violó a mi hijo.

Nadie me escuchó.

Tuve que hacer justicia por mi propia mano.

Parece que es la ley acá.

Si les explico sabrán que hice bien.

La pistola en el suelo.

Un ¡Ahhh! De todos.

Después el silencio.

Es hora de explicarles.

Trece

“Padre, quiero confesar que estoy enamorada de usted”.

Ay pero qué loca.

Cómo se te ocurre Eugenia.

Caramba.

Enamorarte de un padrecito.

No seas pecadora, pues.

Bueno, es una ocurrencia. Tú me entiendes Diosito.

Ojalá un hombre como el padre Nacho me corresponda, así como él.

¡Qué loca estás, Eugenia!

Ay pero ya voy a bajarle a mis humos que va a llegar el chamaco.

Hace mucho que no tomaba nadita de alcohol.

Por eso se me subió con apenas dos cervezas.

Si me viera el padre.

Ay, el padre...

...

“¿Quién?

¡Hijo! ¿Cómo te fue?

Perdóname, me tomé unas cervecitas, tú sabes que no lo hago siempre.

Perdóname, no me mires así.

Te tengo una buena noticia.

El padre quiere que seas su acólito.

¿Te imaginas?

Servir al Señor a su lado.

¡Qué privilegio! La verdad.

¿No dices nada?

Ya vas a empezar.

¿Qué es lo que quieres entonces?

¿Seguirle clavando espinas en la crisma a Cristo?

¿Quieres hacer llorar a la Virgen?

¡Responde!

¡Responde, Carajo!”.

...

“Le pegué, padre.

Desde que nació no dejó de darme problemas, si no fuera por usted y su santa intervención mi vida fuera un infierno”.

El pueblo me comía con los ojos cuando supieron que el padre de mi niño era un hombre casado.

“Pero usted intercedió por mí.

El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra”.

Y nadie levantó la mano.

Gracias a usted.

Ojalá hubiera muchos hombres como usted.

Así, todos santos.

Que no le hace daño a nadie.

Ni a un niño pequeño.

Que quiere ser acólito.

Catorce

Él sólo quería ser acólito.

Yo quería que fuera acólito.

Yo lo mandé con él porque quería que le sirviera a Dios.

Esa fue mi culpa.

Pero, ¿quién soy yo sino una madre como todas ustedes?

Ustedes también buscan que sus hijos sean santos.

Ustedes también creen en los santos.

Yo creía en la santidad del padre Nacho.

¿Ahora ustedes creen?

No me miren de esa manera.

Aquí está la pistola.

El que esté libre de pecado...

Que arroje la primera bala.

Anden. Ahí está. En el suelo.

Está ardiendo.

Arde.

Por si alguien quiere venganza.

Ahí la tienen.

...

El cielo avienta una cortina de viento que corta mi piel con el frío.

Es un viento que corta.

Frío.

Todos volteamos al cielo que se empieza a llenar de nubes.

Apenas ayer el cielo era un espejo del sol.

Ahorita mismo se cubre ese espejo de nubes negras.

La pistola sigue ardiendo en el piso.

El viento arroja las sombrillas de un lado a otro.

Tal parece que quiere empujar al primer valiente a tomar la pistola.

Este es un pueblo tranquilo.

Nadie ha tenido una en sus manos.

No saben cómo usarla.

No se preocupen, yo tampoco sabía.

Pero la venganza te obliga a aprender cosas.

Cosas malas.

Como matar a alguien.

¿No que querían linchar al culpable?

¿No quieren lincharme ahora?

El cielo lanza el primer trueno.

El frío se hace más presente.

Dice: Aquí estoy para que se enfríe la cosa.

Para que todos perdonen como Dios los ha perdonado.

¿No?

¿Nadie?

Me doy la vuelta para irme a mi casa.

Si se deciden ahí estaré para recibirlos.

Ya tienen a quien mató al padre.

Ya saben dónde vive.

Les dejo la pistola, se está apagando, ya deja de arder.

Hagan lo que tengan que hacer.

Quince

Cuando supe que estaba embarazada un miedo me atrapó como una ola de frío que anuncia una tormenta.

Se me heló todo el vientre y pensaba muchas cosas antes de que vinieras a verme, Isidro, como todos los viernes.

“Estoy embarazada”.

“El pueblo se nos va a venir encima”.

Dijiste.

“Tú lo sabes más que nadie.

Así son en este pueblo.

Primero tu esposa, luego tus hijos y de ahí todo mundo”.

“Pero aquí voy a estar”.

Dijiste.

Pero quién sabe por qué Dios nos manda las desgracias juntas.

Para que un infarto te atacara en tu casa, Isidro.

Y te murieras.

Total.

Me quedé sola.

Panzona.

Sola para siempre.

Como cuando murieron mis papás.

No hará falta quién me dé una mano.

Dios aprieta pero no ahorca.

Tú llegaste cuando se murieron mis papás.

Y me dejaste un niño en el vientre.

¿Quién llegará después de ti, Isidro?

Para que me deje otro niño.

O me lo quite.

“Mira, ten. Úsala si quieren hacerles daño, no faltará quién”.

Este pueblo no es de pistolas, Isidro.

Este pueblo es tranquilo.

Si tú tienes una fue porque fuiste alcalde.

Aquí los alcaldes cargan pistola.

La gente no.

Las mujeres embarazadas menos.

...

Tuve miedo.

El cielo se estaba cubriendo de nubes negras.

“Parece que quiere llover bien recio”.

Un trueno alcanzó la tierra cerca de mi casa.

Abracé mi vientre.

“Ay, mi niño.

¿Qué será de nosotros?”.

No te preocupes. Te cuidaré siempre.

Nadie te tocará.

Ni un rayo atravesando el cielo lo hará.

Y si eso pasa...

Ya veremos.

Mientras, en casa estaremos seguros.

Dieciséis

La pistola arde de nuevo.

Alguien se ha atrevido.

Volteo.

Lupe la tiene en la mano.

Truenos en el cielo.

“Quiero irme a mi casa, Lupe”.

Pero Lupe es la pistola.

Lupe amaba al padre que yo asesiné.

Lo amaba tanto como yo.

Le quité al padre por el que se guardaba virgen.

Por eso no tuvo hijos.

...

Estás ardiendo, Lupe.

Lupe, eres la pistola.

Lupe, estás ardiendo y sientes ganas de matarme.

De plantarme una bala en el cuerpo y hacer crecer raíces de sangre podrida dentro de él hasta matarme.

Lupe es la bala.

Roja, ardiente.

¡Pum!

Explosión.

Del cielo.

De la pistola.

¡Pum!

Viaja muy rápido por el aire frío.

Lupe es la bala que atraviesa mi conciencia.

Me arranca la culpa.

Me llena de sangre.

Llena de color negro mis ojos.

Como el cielo.

Se funde el cielo con mi mirada.

Ya no hay pecado qué perseguir.

Se ha hecho justicia.

Amén.

Diecisiete

Somos un pueblo tranquilo, nadie le hace daño a nadie.

Hasta que entra el demomio y se lo lleva todo.

Pudimos ser todos santos.

Hacer el sol nacer cada mañana. Alejar a las lluvias.

Ya se sabe, hay tierras donde Dios parece que pasa pero es sólo su sombra.

Nos hacemos a la idea de que por aquí anda.

Entre nosotros, vestido de sotana.

Pero es un espejismo.

Dios no llega.

Ni con tantas invocaciones.

Ni con tantos rezos.

Una tiene que buscar la justicia.

Y ésta llegó.

En forma de pistola.

En forma de mujer.

En forma de muerte.

OSCURO.

Índice

15	Uno
19	Dos
23	Tres
27	Cuatro
31	Cinco
35	Seis
39	Siete
43	Ocho
47	Nueve
51	Diez

55 Once

59 Doce

63 Trece

67 Catorce

71 Quince

75 Dieciséis

79 Diecisiete



Eugenia

a través de una bala,

de Alexis Casas Eleno, se terminó de imprimir en agosto de 2017, en los talleres gráficos de VEI Visión e Impresión, S.A. de C.V., ubicados en Nogal núm. 51, colonia Santa María la Ribera, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06400. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suarez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada Ruiz. Formación, portada y supervisión en imprenta: Sara Aída Tinoco Mejía y Carlos César Contreras Becerril. Cuidado de la edición: Tomás Fuentes Estrada, Delfina Careaga Becerra y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

